

DISCURSO PRONUNCIADO EN EL QUINGUAGESIMO ANIVERSARIO DE LA UNIVERSIDAD

por *Diego Barros Arana*

Excelentísimo señor:

Señoras y señores:

LA Universidad de Chile se reúne hoy para celebrar el quincuagésimo aniversario de su nacimiento.

La República había disfrutado poco más de veinte años de independencia efectiva. Después de un largo período de crisis tremenda, había conseguido asentar y afianzar felizmente sus nuevas instituciones. A la sombra de éstas, la paz pública era un hecho asegurado; y en casi todas las manifestaciones de la vida social, se veía aparecer una era de satisfactoria prosperidad. El desenvolvimiento intelectual, a que todos los gobiernos habían prestado apoyo desde los primeros albores de la revolución, marchaba, sin embargo, por causas que el esfuerzo del hombre no puede remover eficazmente, con desesperante lentitud. Se había fomentado la enseñanza pública, se había creado el Instituto Nacional y dos colegios análogos en la Serena y en Concepción; se habían traído algunos profesores distinguidos del extranjero; pero se necesitaba dar cohesión y fuerza a esos elementos, desarrollándolos en mayor escala. Para el logro de esos fines, se pensó en el establecimiento de un cuerpo docente y científico al cual confiar, con arreglo a las prescripciones del código constitucional de 1833, la dirección y la vigilancia de este importante ramo de la administración. Este fué el origen de la Universidad de Chile.

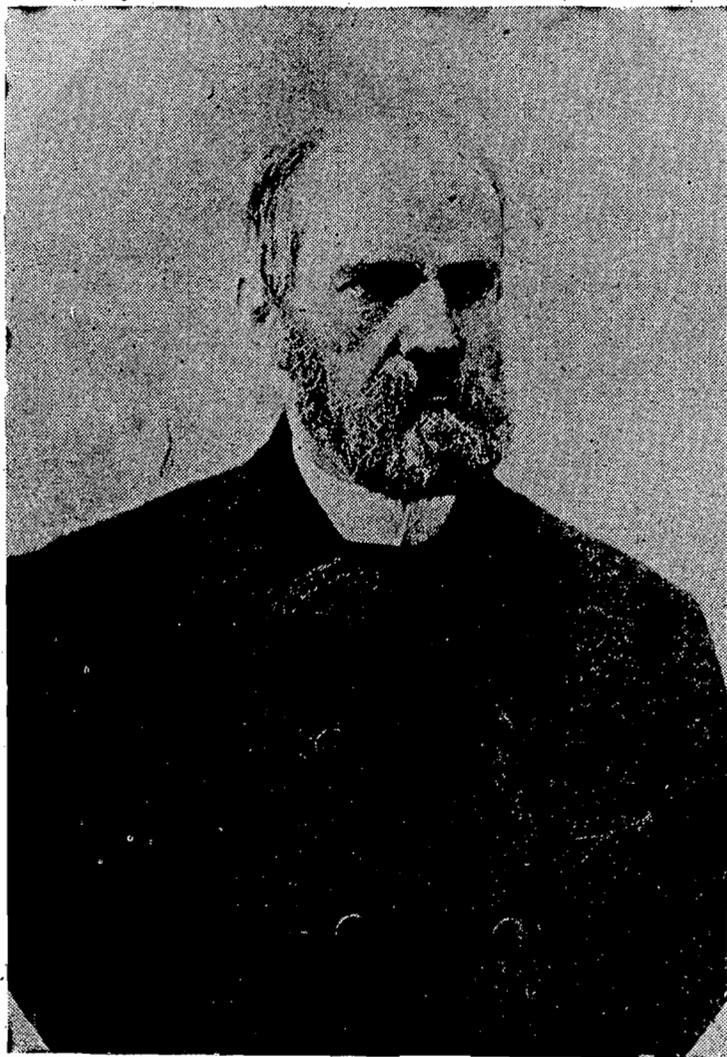
El 17 de Septiembre de 1843 se celebraba en esta ciudad de Santiago una aparatosa fiesta. En el salón de la antigua Universidad de San Felipe, destinado entonces a la sala de se-

siones de la Cámara de Diputados, se había reunido una numerosa concurrencia. En el estrado que se levantaba al frente y a los costados del salón, ocupaban sus asientos casi todos los hombres que, en esos días de tranquilidad y de bienestar públicos, mostraban interés por el progreso intelectual de nuestro país. El acto era presidido por el Jefe del Estado, el general don Manuel Bulnes, que al prestigio del mando unía el de la gloria alcanzada en una reciente guerra exterior. Cerca de él se hallaban los altos dignatarios del Estado y los representantes del Poder Legislativo y del Poder Judicial. Los bancos laterales estaban ocupados por los individuos de la nueva Universidad que se trataba de instalar. Aquella asamblea reunía todas las condiciones más apropiadas para darle autoridad y respeto.

Entre los recuerdos más fijos y más gratos de mi niñez, conservo el de esa significativa ceremonia. Los alumnos del Instituto Nacional asistimos en cuerpo. Se nos colocó en rigurosa formación en la parte baja que formaba el centro de la sala. Allí presenciábamos un acto que por su solemnidad, debía impresionarnos vivamente, pero cuya trascendencia en el progreso de la patria chilena sólo mucho más tarde habíamos de apreciar.

Cuando se hubo leído la lista de los miembros de la nueva corporación (¡ah! todos han desaparecido), y cuando aquéllos, poniéndose de pie y levantando la mano derecha, hubieron prestado el juramento tradicional, se adelantó hasta la mesa presidencial un anciano de talla regular, de facciones finas y correctas, de aire modesto y distinguido. Vestía el traje oficial de la Universidad, casaca verde y pantalón blanco, y llevaba al cinto un espadín, como lo llevaban entonces en las grandes ceremonias, muchos de los más pacíficos funcionarios de la administración pública. Tomando en sus manos un rollo de papeles, aquel anciano dió lectura con voz suave e insinuante, y en medio de respetuoso silencio, a una disertación sobre los beneficios que procura el cultivo de las ciencias y de las letras. La ceremonia se dió por terminada con la declaración solemne de que la Universidad de Chile quedaba instalada.

Casi no necesito decirlos que ese anciano era don Andrés Bello, el sabio más eminente que hasta hoy ha producido la América antes española. El discurso que leyó ese día, era el



Don Diego Barros Arana
Rector de la Universidad de Chile
(1893 - 1897)

programa elegante y razonado de los trabajos que debía realizar el cuerpo universitario cuya dirección se le había confiado. Después de cincuenta años, puede todavía leerse ese discurso con vivo interés, y sacarse de él provechosos consejos para el estudio perseverante en los diversos ramos del saber humano, y para la formación del gusto en literatura y en poesía.

Fueron sin duda una fortuna para la Universidad de Chile el contar a don Andrés Bello como su primer rector, y el tenerlo a su cabeza durante los primeros veintidós años de labor. El prestigio de su nombre, su talento probado en numerosos escritos, y la extensión tan variada como profunda de sus conocimientos, dieron a la nueva institución autoridad y crédito dentro y fuera de Chile, así como la suavidad de su carácter y la incansable actividad de su espíritu, allanaron felizmente muchas de las dificultades y tropiezos que la Universidad debía hallar en su camino. Aunque sostenida por la acción oficial, y aunque apoyada por la cooperación de casi todos los hombres que en Chile tenían afición al estudio y a la enseñanza, había ella encontrado desde el primer día resistencias, contradictorias entre sí, en las opiniones más extremas del criterio público. Unos creían que, proclamando la libertad de discusión, la Universidad iba a poner en peligro la subsistencia de las ideas tradicionales que se consideraban el fundamento del orden social. Otros sostenían que la nueva institución, imponiendo sus doctrinas, iba a cortar el vuelo al pensamiento y a convertirse, más o menos francamente, en sostén del vestusto régimen intelectual — que la revolución política y social de 1810 no había alcanzado a modificar. Don Andrés Bello se empeñó en demostrar que entre esas tendencias extremas, había un vasto campo de acción para la Universidad, e imprimió al movimiento universitario el único rumbo que era conciliable entonces con el estado incipiente de nuestra cultura intelectual. Su obra fué de iniciación; pero ella debía abrir el camino a un progreso más firme y más sostenido.

Hoy, cuando la Universidad de Chile cumple medio siglo de vida, es tiempo de preguntarse si ha correspondido al objeto que se tuvo en vista al crearla. Cuentan las historias que los conquistadores del suelo americano, después de haber ocupado una nueva porción de territorio, suspendían momentáneamente su carrera de trabajos y de fatigas para reconocer si la con-

quista hecha correspondía o no a los esfuerzos y sacrificios que costaba. Nosotros podríamos practicar hoy igual reconocimiento en el campo de labor que la Universidad ha recorrido para implantar y desarrollar la ilustración en la patria chilena. Para ello sería necesario trazar una prolija historia que enumerase a la vez las enormes dificultades vencidas, las resistencias de varios órdenes, que en todo o en parte han sido gradualmente dominadas, y los resultados grandes o pequeños que nos ha sido dado alcanzar. Vamos a consignar sólo algunos rasgos generales que despertarán vuestros recuerdos.

La fundación de la Universidad había hecho nacer en muchos espíritus las más halagüeñas esperanzas. Entonces, como en 1813 y en 1819, cuando se creó y cuando se restableció el Instituto Nacional, se pensaba que la nueva institución iba a cambiar en pocos años el estado intelectual del país, a propagar rápidamente la enseñanza sólida en todo el territorio y a difundir la ciencia hasta colocarnos antes de mucho a la altura de los países más adelantados. Los que eso creían, debieron sufrir poco más tarde una dolorosa decepción. Nuestro progreso debía forzosamente ser lento, a pesar del celo desplegado por el poder público para acelerarlo.

La observación científica que ha comprobado que en la evolución del mundo material no pueden operarse cambios radicales instantáneos, ha demostrado también que el progreso social, obra de los más variados factores, no puede desenvolverse sino en relación con ellos; y que la acción humana, por vigorosa que sea, es impotente para efectuar transformaciones absolutas en la situación moral e intelectual de un pueblo. La influencia de la voluntad del hombre se ejerce en proporciones mucho más limitadas que aquellas a que aspira nuestro anhelo. La intervención de la Universidad, aún suponiéndola dirigida con el mayor discernimiento y con la más resuelta energía, era insuficiente para remover en Chile todos los obstáculos creados por el estado social del país, por preocupaciones inveteradas, y por la falta de hábitos de verdadero estudio y del estímulo público, que sólo habían de desarrollarse paulatinamente.

Los que más tarde han acusado a esta corporación de no haber operado el prodigio de transformar en breve tiempo nuestra manera de ser en el orden literario y científico, parecen desconocer el punto de partida de ese esfuerzo, la acción com-

binada de causas múltiples que rigen esa clase de hechos, y, por fin, la ineficacia relativa de los medios que suelen emplearse para apresurar el progreso, cuando ellos no encuentran la conveniente cooperación del medio social en que se vive.

Todo bien considerado, sería temerario decir que la acción universitaria ha sido estéril. En el dominio de las letras y de las ciencias, y en el campo de la enseñanza pública, ella se ha hecho sentir con progresos claros y ostensibles. Si todos sus esfuerzos no han sido felizmente encaminados, si halló en las causas insinuadas obstáculos que no le eran dado vencer de frente, su obra no ha sido en manera alguna infecunda. A ella somos en buena parte deudores de los adelantos alcanzados en aquella esfera de la actividad social.

Se debe a la Universidad la creación de nuestra historia nacional. Es menester transportarse a la época en que fué creado el cuerpo universitario para apreciar cuán poco se sabía entonces acerca de nuestro pasado. Una oscuridad casi completa reinaba sobre los tiempos de la conquista y de la colonia; y la historia de la revolución de la independencia, recordada por la tradición relativamente reciente, era de tal manera incierta y había sido de tal modo desfigurada por las preocupaciones sociales y por las pasiones políticas, que los escritos de los periódicos en que solían recordarse algunos accidentes de ella, contenían los errores más extraordinarios e inconcebibles. Esa perturbación del criterio, creada por las leyendas tradicionales, había oscurecido por completo el espíritu de los acontecimientos y la relación natural de causas y de efectos, había hecho desaparecer toda lógica racional en el encadenamiento y en la sucesión de aquéllos, y había fabricado héroes más o menos fantásticos, deprimiendo a algunos de los más grandes servidores de la patria y dejando a otros en completo olvido. Hasta el año de 1843, casi no se contaban sobre nuestra historia más que consejas aisladas y vulgares, sin enlace y sin coordinación.

Las memorias elaboradas por diversos individuos de la Universidad, iniciaron a ese respecto una seria revolución, y crearon en nuestro país una verdadera escuela histórica. Los estatutos de la corporación pedían simples disertaciones sobre un punto determinado. Los individuos que recibieron ese encargo, acometieron con ardor el trabajo de investigación, con-

sultaron correctamente la tradición autorizada, prepararon verdaderos libros sobre períodos más o menos extensos de nuestro pasado, y dieron a luz valiosos documentos para facilitar el trabajo a los futuros exploradores. Casi todas esas memorias fueron valiosas revelaciones históricas que interesaron sobremanera a los contemporáneos, que rectificaron el criterio público, y que hoy mismo se leen con agrado. Algunas de ellas poseen un notable valor literario, y en cierto modo, son modelos del género narrativo. Si más tarde ha podido ensancharse el campo de la investigación, y si han podido acopiarse nuevos materiales, ampliarse la narración de los hechos, haciendo entrar en ella accidentes históricos que antes no se tomaron en cuenta, y rectificarse errores de detalle, aquellas memorias conservan todavía su mérito, y son con justicia apreciadas y contadas entre las más valiosas producciones de la literatura nacional.

En otro orden, la Universidad ha dado impulso a los estudios geográficos. Ha reunido abundantes materiales para la geografía de nuestro país, y ha publicado en los *Anales* descripciones, relaciones de viajes antiguos y modernos, y numerosos mapas justamente apreciados por los que se interesan en este orden de estudios. Algunos de esos escritos revelan en sus autores un notable espíritu de observación, muchos han sido acogidos con estimación dentro y fuera de Chile, y casi todos han contribuido al progreso de la ciencia en más de un punto de geografía física y de climatología. Merecerían que se reuniesen en volúmenes separados, ya que se ha hecho difícil procurarse colecciones de nuestro periódico universitario.

Trabajos de no menor importancia se han preparado en el seno de la Universidad sobre diversos ramos de literatura seria o sobre materias de carácter científico. Algunos escritos de alta y erudita crítica literaria, o memorias sobre cuestiones gramaticales, son una buena y lucida muestra de la labor universitaria. Pero si en ésta no faltan tampoco trabajos apreciables sobre la jurisprudencia y sobre la medicina, es preciso buscar en el dominio de las ciencias exactas y naturales las manifestaciones más claras de la actividad desplegada a impulsos de esta corporación. Aparte de algunos libros especiales, el periódico oficial de la Universidad ha publicado

centenares de artículos y de memorias, fruto de observación personal y directa, que han llevado alguna luz nueva a diversos ramos de la ciencia. Esas publicaciones han dado a nuestros *Anales* una autoridad que nosotros mismos estábamos muy lejos de esperar. Hoy nos los piden muchas de las academias y universidades más célebres del mundo, enviándonos en retorno publicaciones útiles que pasan a engrosar el fondo ya considerable de nuestra biblioteca. Frecuentemente recibimos cartas en que profesores distinguidos o sabios célebres de países muy lejanos, solicitan tal o cual trabajo dado a luz en aquella compilación.

Indudablemente, no todos los escritos publicados en nombre y bajo el amparo de la Universidad son de un mérito igual. Muchos de ellos, quizá su mayor número, son ensayos rudimentarios que marcan los primeros pasos de nuestro país en el sendero de la buena literatura y de la elaboración científica. Pero esto mismo es un progreso; y hoy, cuando cotejamos aquellos primeros ensayos con los escritos mucho más sazonados de nuestros actuales profesores, no podemos dejar de manifestarnos satisfechos del adelanto que se percibe fácilmente. No olvidemos, por otra parte, que aún en el primer período de su labor, la Universidad estuvo siempre bien representada, que muchas de sus producciones, notables en la época en que salieron a luz, son buenas ahora, y que podemos exhibirlas todavía con justo orgullo. ¿Necesito recordaros que entre los nombres de esos antiguos colaboradores de los trabajos universitarios figuran en primera línea los de Belló y de Amunátegui, de Philippi y de Domeyko, de Pissis y de Moesta, de Lastarria y de García Reyes?

Esa fué la parte ostensible de la labor universitaria; pero, al lado de ella, hay otra menos aparente, pero no menos eficaz. La Universidad, en el seno de su consejo y en el seno de sus facultades, ha sido el centro en que se han discutido variadas cuestiones literarias o científicas que han preocupado los espíritus y que han ejercido saludable influencia en el desenvolvimiento intelectual. No importa que esas cuestiones, aunque debatidas en ocasiones con mucho talento, no hayan llegado a resultados prácticos inmediatos. La discusión y el roce de opiniones diversas, han excitado al estudio en este país en que el estudio tenía tan escasos estímulos.

Todo esto no era más que una parte del programa de trabajos de la Universidad. La ley que la creó, y más directa y concretamente, la ley que en 1879 modificó esta institución, le confiaron la dirección y la inspección de la enseñanza pública. La Universidad ha correspondido a ese encargo con todo el celo que podía exigírsele, y el resultado ha correspondido a ese encargo a sus esfuerzos. Si nuestra actual enseñanza no satisface todavía las nobles aspiraciones de los hombres patriotas e ilustrados que, con seriedad y elevación de propósitos, se interesan por el desarrollo literario y científico en nuestro país, los beneficios alcanzados hasta ahora nos prueban que la labor ejecutada no ha sido estéril, y que debemos tener fe absoluta en el futuro progreso.

La generación actual no puede formarse idea cabal del cambio operado en nuestra instrucción pública en los últimos cincuenta años. Podrían sobre esto agruparse datos fijos, numéricos y estadísticos, por decirlo así, y ellos no darían más que una idea incompleta. A la época de la creación de la Universidad nuestros cursos de estudios legales eran regentados por sólo tres profesores, y no alcanzaban a contar cien estudiantes. Las matemáticas eran enseñadas por tres profesores, y el total de sus alumnos, desde el tercer año para adelante, no alcanzaba a doce. Los cursos de medicina tenían igualmente tres profesores, y sólo cinco estudiantes. Toda la escuela de medicina funcionaba en un solo cuarto, situado a pocos pasos del depósito de cadáveres del hospital de San Juan de Dios. Todos esos cursos se abrían cada dos años.

¿Sabéis lo que eran los cursos de humanidades hasta 1842? Se enseñaba en ellos casi exclusivamente el latín y los principios tradicionales de filosofía; porque, si bien existían una clase de geografía descriptiva, otra de gramática castellana y otras de francés y de inglés, éstas eran libres, y por tanto, concurridas por reducido número de alumnos. Notad, además, que esta enseñanza estaba reducida a Santiago. En las provincias no existían más verdaderos colegios que los que en modestas condiciones había fundado el director O'Higgins en La Serena y en Concepción, como hermanos del Instituto Nacional de Santiago. Las ciudades cabeceras de provincia que, como Talca y San Felipe, habían aspirado a tener liceos de instrucción secundaria, no habían conseguido establecer más

que una escuela con aula de latín y de aritmética. Los que, como el que habla, iniciaron sus estudios en aquella época, os podrían dar amplios informes acerca de la imperfección radical y fundamental de la enseñanza. Bajo ese orden de cosas, casi todas las ciencias más útiles al hombre, las que más atraen el interés y la aplicación de los jóvenes, y las que más contribuyen al desarrollo sólido de su inteligencia, eran apenas conocidas de nombre, o absolutamente desconocidas.

La Universidad acometió la reforma de aquel estado de cosas con firmeza y con perseverancia. Apoyada más o menos eficazmente por todos los gobiernos que desde entonces se han sucedido, ha podido realizar la transformación que hoy presenciamos. Para ello ha renovado y ensanchado gradualmente todos los planes de estudios, ha creado nuevas clases, ha traído un mayor número de profesores del extranjero, ha enviado a los grandes centros científicos del viejo mundo a algunos de sus alumnos más distinguidos, para que, ensanchando allí sus conocimientos, volvieran a Chile a servir en la enseñanza. Este trabajo no podía ejecutarse en un solo día. La reforma ha tenido que implantarse poco a poco y en la medida de los medios de que era dado disponer, aprovechando la experiencia que se podía recoger de los primeros ensayos, desarmando la resistencia de todo orden que hallaba en su camino, procurando a nuestros establecimientos un abundante material científico, y perfeccionando la enseñanza en cuanto estaba en manos de sus directores.

Si la Universidad, cuando recuerda estos antecedentes, tiene motivos de mostrarse satisfecha de su obra, está muy lejos de creer que debe detenerse aquí. Hemos entrado, es cierto, en una era de verdadero progreso, que nada podrá detener en adelante; pero, nuestra obra está apenas iniciada, y falta mucho todavía para que la instrucción pública sea en Chile lo que debe ser, y corresponda a las necesidades intelectuales de la época en que vivimos.

Al presente, la Universidad está empeñada en una reforma que debe necesariamente producir incommensurables beneficios. La instrucción secundaria, bastante completa al presente para su objeto, va a experimentar una importante modificación, no por el recargo de nuevos ramos de estudios, sino por la implantación de nuevos métodos que a la vez que la harán más prove-

chosa, impondrán a los alumnos menos esfuerzo y menos fatiga. Se trata de suprimir la enseñanza de ramos aislados, y en cuanto es posible, el estudio de los textos, para reemplazarla por la enseñanza gradual y objetiva, por decirlo así, de todos los ramos a la vez, distribuyendo cada año las nociones en conformidad con el desarrollo intelectual de los niños, y haciéndoles conservar, mediante la continuada repetición y la profundidad cada día mayor de las lecciones, los conocimientos que antes podían y solían olvidar después del examen de cada ramo. Este sistema, que en los países más adelantados ha producido excelentes resultados, exige profesores mucho mejor preparados, e impone a éstos una tarea mucho más activa que la que desempeñaban los maestros según los antiguos métodos, así como hace más atractiva y agradable a los niños la instrucción que se les da. Con toda confianza puede esperarse que el número de alumnos aprovechados de cada clase, será en adelante mucho mayor que al presente.

Esta reforma, cuyos beneficios no eran desconocidos a la Universidad, no había podido plantearse antes de ahora. Faltaba en Chile el conocimiento cabal de los métodos pedagógicos, y eran escasos los profesores a quienes podía encomendarse la tarea de ensayarlos. Hoy, esas dificultades comienzan a desaparecer. El Instituto Pedagógico, establecido con profesores tan inteligentes como experimentados, aunque no ha recibido todo el desarrollo de que es merecedor, principia a producir maestros bien preparados. Las escuelas normales de preceptores, donde el nuevo sistema está implantado, los proporcionan ventajosamente para las clases preparatorias de los liceos. Por fin, algunos profesores de estos últimos establecimientos, abrazando la reforma con entusiasmo, y queriendo cooperar eficazmente a ella, han estudiado los nuevos métodos, y comienzan a practicarlos con acierto.

A pesar de todo, la planteación de esta reforma, mucho más trascendental de lo que parece a primera vista, impone hoy e impondrá por algunos años, un trabajo persistente que es necesario ejecutar y sostener con toda resolución. La Universidad la ha acometido con fe inquebrantable, y ha logrado hasta el presente dominar no pocas dificultades. Tiene confianza en la buena voluntad de muchos de sus cooperadores, y espera dejar planteado antes de largo tiempo el nuevo método

en los estudios secundarios. Ellos darán así la conveniente preparación a los jóvenes que quieran seguir con verdadero provecho los estudios superiores.

Peró la Universidad tiene a este respecto vistas mucho más vastas que la de preparar estudiantes universitarios. En la reforma de la enseñanza secundaria que está ejecutando, busca la mayor propogación de conocimientos generales, aplicables a cualquiera ocupación de la vida, así para las carreras del comercio y de la industria como para el ejercicio de las profesiones científicas y literarias. Este, es verdad, ha sido siempre en principio el objeto de los estudios secundarios; pero el carácter que han tenido éstos a consecuencia de los métodos usados, los habían hecho particularmente teóricos; y si bien se había conseguido corregir en todo o en parte algunos de los inconvenientes más arraigados de esos métodos, como el aprendizaje de memoria, faltaba a la enseñanza un rumbo más práctico y de más inmediata utilidad. Es posible que esta reforma, ofreciendo una instrucción general utilizable en todas las condiciones de la vida, contribuya eficazmente a modificar la vieja preocupación, heredada de la vida colonial y de sus ideas nobiliarias, que considera fin único o principal de la instrucción el llegar a poseer un título profesional.

Esa preocupación que la Universidad quisiera ver desarraigada, es causa de que el número de jóvenes que en nuestro país se dedican al estudio de la ciencia por la ciencia misma, sea relativamente diminuto. Sin embargo, ese número aumenta paulatina pero incesantemente, y sin duda las facilidades que ofrece la Universidad tienden a hacerlo más considerable. Hay en nuestros cursos superiores el empeño sostenido de mantenerse al nivel de los últimos progresos, y en este sentido, no se ahorran esfuerzos ni sacrificios.

En este orden, la acción universitaria no debe detenerse ante ningún obstáculo. Si el ilustre sabio que en su carácter de rector de esta corporación le trazaba en 1843 el programa de los trabajos que ella debía acometer, volviera hoy a la vida para iluminarnos de nuevo con la luz de su espíritu, tendría que modificar y que ampliar considerablemente aquel programa. La ciencia, como sabéis, ha experimentado en los últimos cincuenta años una renovación, puede decirse así, radical y completa. Al paso que todas las ciencias de observación y

de experimentación han ensanchado su campo, y reforzado sus leyes fundamentales con numerosos descubrimientos y con horizontes nuevos, han nacido otras, o se han formulado nuevos principios generales, aplicables a todas. La psicología fisiológica, la sociología, la filosofía positiva, la bacteriología, la química atómica, ciencias o métodos científicos, han venido a comunicar un impulso vigoroso al espíritu humano, junto con el análisis espectral, con la doctrina de la unidad de los fuerzas físicas y con la teoría de la evolución que, deducida primero del estudio de los organismos naturales, ha pasado a explicar los fenómenos sociales, y a producir una revolución en las ciencias políticas y jurídicas, en la inteligencia de los acontecimientos pasados y en la concepción verdadera de la historia de la humanidad. Esta renovación científica ha llegado, en muchos puntos, a conclusiones que son hoy verdades evidentes e indiscutibles, y ha llegado, en otros, a principios cuya comprobación y desarrollo buscan millares de sabios, que seguirán abriendo nuevos horizontes. «La ciencia, decía Macaulay, no descansa nunca, porque nunca llega a su destino definitivo. Un punto que ayer era invisible, es hoy su término momentáneo, y mañana será un punto de partida.»

Si no se puede exigir que un pueblo relativamente nuevo, más nuevo todavía en la labor científica, y cuya sociabilidad nació bajo un régimen que, según la feliz expresión de don Andrés Bello, estaba en guerra permanente contra la civilización; si no se puede exigir, repito, que ese pueblo tome desde luego una participación inicial en este movimiento, estamos al menos en el deber de estudiarlo y de seguirlo para aprovechar los beneficios que de él se desprenden, para levantar nuestro nivel intelectual y moral, y para llegar cuanto antes a tomar un puesto de honor entre las naciones cultas.

La ciencia, señores, prepara todos los maravillosos inventos de la industria que desarrollan la riqueza pública y aumentan nuestro bienestar. Destruyendo errores de todo orden, habituándonos al trabajo de observación, y enseñándonos a guiarnos por ésta, desarrolla y fortifica nuestra razón, da firmeza y corrección a nuestros juicios, eleva nuestro carácter y enaltece nuestros sentimientos, haciéndonos superiores a las miserias y a las contrariedades de la vida. La ciencia, por fin, más que todas las otras manifestaciones de la actividad huma-

na, engrandece a los pueblos en el presente, ante el consorcio de las naciones, y les conquista para más tarde la gloria en los fastos históricos de la humanidad.

Trabajemos sin descanso para alcanzarla.